



PRECIO EN MADRID.
 (Lo mismo en la Administración, que en las librerías.)
 Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »
 La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.
 Número suelto, 4 cuartos en toda la Península.
 Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al Director de GIL BLAS.
DIRECTOR: LUIS RIVERA.

PRECIO EN PROVINCIAS.
 Por tres meses en la Admon. 15 reales
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesós.
 Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo
 Administración y Redacción, Huertas, 82, praj. 1.ª.
 Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.
DIBUJANTE: FRANCISCO ORTEGO.

DALE CON EL TERSO.

Estoy de niño *terso* hasta la punta del cabello, y ya empieza á darme envidia ese chisgaravís, que va dejando más fama que el mismo Cascaciruelas.
 Yo que llevo tantos años desalado tras la popularidad, me consumo oscuramente sin merecer de mis contemporáneos mas que efímeras gacetillas de cuando en cuando, y ese bribonzuelo, sin oficio ni beneficio, no mueve pié ni mano sin que el periódico, la hoja suelta, el folleto, el telégrafo, se ocupen de él.
 En verdad puede jactarse de haber conseguido á su corta edad todo aquello que puede prometerse el mejor español tras una larga y laboriosa existencia; por que ¿á qué cosa se puede aspirar en mi patria sino á que hablen de uno?
 La mayor parte de nuestras celebridades contemporáneas tienen compendiada su biografía en las columnas de la prensa, en los siguientes términos:
 «D. Fulano sale de Madrid.»
 «D. Fulano ha regresado á Madrid.»
 «D. Fulano no acepta el empleo.»
 «D. Fulano sí acepta el empleo.»
 Y pare Vd. de contar, que no hay más gloria ni más fama póstuma.
 La única ventaja que tiene el príncipe *terso* sobre la inmensa mayoría de mis compatriotas, es que siempre perteneció á un mismo partido.
 Eso sí que no hay que negárselo. Partidario de Carlos VII desde que entró en la política, ni ha ofrecido nunca su espada á otro rey ni pretendiente alguno, ni ha modificado sus opiniones, ni ha hecho jamás traición á sus principios.
 Pero ¡caramba! tampoco lo he hecho yo, y sin embargo, en su pícara vida se han ocupado la *Gaceta* ni la *Correspondencia* de mis gestos heroicos, ni de los pormenores de mi vida, ni de lo que se habla en mi casa.
 Esa monotonía me cansa, me fatiga, me rinde.
 Sobre si el niño *terso* está aquende ó allende la frontera, he leído á lo menos quinientos sueltos, ciento veintidos partes telegráficos y diez y nueve artículos de fondo.
 Se levanta una partida de cien hombres más ó menos ladrones con un ténue baño de facciosos, y se dice en dos líneas una sola vez y no se vuelve á hablar de ellos.
 Pero del *terso*, que ni se ha levantado, ni ha cogido en su vida pluma ni espada, que no ha hecho más que nacer y dejar al cielo que desarrollara lo que en él habia de Borbon; del *terso* se habla á todas horas con irritante mengua para todos.
 No puedo abrir un periódico sin que me encuentre con noticias tuyas, no por lo que él hace, sino por lo que hacen los que están á su lado.
 Todo el mundo silbaria á esos periódicos si saliesen dando noticias como la siguiente:
 «Un virtuoso sacerdote que no conoce ni de vista á D. Roberto Robert, dijo ayer la misa con una vocalización admirable. Recomendamos sus productos á las personas piadosas que padezcan algo del oído.»
 O bien:
 «El banquero que ha ofrecido sus fondos al Go-

bierno, fué compañero de colegio de Roberto Robert.»
 Y sin embargo, con el niño *terso* sucede así ni más ni menos, y nadie lo encuentra ridiculo.
 A cada clérigo que conspira para recobrar su predominio, se dedica un suelto al niño.
 A cada docena de boinas que fabrica un honrado industrial, sin más objeto que ganarse la vida, noticia sobre el niño *terso*.
 A cada calaverada que hace un teniente para salir á coronel y dar un alegrón á su familia, suelto sobre el niño *terso*.
 Yo ya no puedo leer de puro fastidio, y temiendo estoy que hasta en las listas de la lotería se van á introducir *velis nolis* datos sobre lo que deja de hacer el dichoso niño.
 En mes y medio no he tenido más que un momento de distracción y consuelo leyendo periódicos.
 Lo he tenido anteayer con un suelto que dice:
 «Se han dado las órdenes oportunas para que se satisfaga al clero de Zamora la paga del corriente mes, el dia 1.º de Agosto.»
 Esta grata noticia, que viene á interrumpir la árida monotonía de las noticias *tersas*, me ha regocijado; ha hecho serpear verdaderamente el deleite por mis venas.
 Pero noticias semejantes son escasas; ¡quién sabe cuándo volveré á dar con otra!
 Si se repitiesen con frecuencia, si á lo menos al coger un periódico hallásemos de cuando en cuando noticias de pagas al clero, uno podría leer, distraerse, gozar, y sobre todo, no se veria condenado á *terso* perpétuo, que, señores, estoy de él hasta la punta del cabello.
 ROBERTO ROBERT.

LO QUE YO DIRIA A EUROPA.

Los periódicos nos han dado la noticia de que el señor ministro de Estado ha ido á la Granja, con el objeto de presentar á la aprobación del regente cierta circular.
 Parece que España va á hablar con toda la solemnidad que los acontecimientos requieren.
 Se les va á decir á las naciones extranjeras algo gordo.
 Esto me parece bien.
 Solamente que yo quisiera saber lo que España va á decir, para adelantar esta noticia á mis suscriptores.
 ¡Oh! Debe ser cosa importante.
 ¿Cómo no lo ha de ser si estamos avocados á grandes sucesos?
 Quiero figurarme por unos minutos, que cualquiera de nosotros, el lector ó yo, somos ministros de Estado.
 Es una suposición que no tiene nada de exagerada.
 ¿Qué le diria Vd. á la culta Europa, lector?
 Yo sé perfectamente á qué atenerme.
 Sé lo que se debe decir en casos como este.
 Por ejemplo. Hablando á cada soberano en particular, y en general á todos, yo haria una circular redactada en los siguientes términos:

«SEÑOR:
 Los grandes acontecimientos de que ha sido teatro España de diez meses á esta parte, por efecto de la revolución más radical que registra en sus anales la historia de este país, y las consecuencias naturales de estos acontecimientos mismos, me obligan á esponeros las causas de lo que sucede, y los resultados que espero para lo porvenir, tranquilo y confiado.
 Arrojada del trono aquella soberana obesa, de cuyo nombre mi nación no quiere acordarse; despedida hasta la frontera con toda la *politesse* que aquí se usa; dueño el país de sí mismo, y entregada la tutela de sus más altos intereses á los generales libertadores, España ha visto pasar un espacio de tiempo suficiente para comprender á dónde vamos á parar con estas bromas.
 Reunidas las Cortes Constituyentes, y votada por ellas una Constitución en la que se declara que la forma de gobierno de España es la monarquía, surge naturalmente la necesidad de buscar un rey que nos haga dichosos, y se halle con la cabal salud que yo para mí deseo.
 Y aquí comienza, señor, la dificultad.
 Aquí entra de lleno á ejercer sus altas funciones la diplomacia, cuyo talento, habilidad y sindéresis nadie podrá desconocer sin visible desconocimiento de todo cuanto es un hecho consumado.
 Necesitamos un monarca barato; un monarca cuyo amor á la libertad y al derecho de todos, sean una verdad por todos reconocida.
 Un monarca que fundando los cimientos de su trono en la libertad de los españoles, pueda estar sentado en él el tiempo suficiente para no romperse los pantalones.
 Tal es nuestra intencion, y en tal apuro no he vacilado en dirigiros la presente, por si gustais presentar al concurso de soberanos futuros, algun digno miembro de vuestra apreciable familia, cuyas condiciones sean apropiadas para ceñir la corona de España.»
 Esto, sobre poco más ó menos, diria la circular.
 Como ministro de Estado, cumpliria yo en ella con las necesidades del servicio; y como español serviria con ella á mi patria.
 La serviria, sí, porque tengo la seguridad de que los soberanos de Europa habian de darme un desaire, que es lo mejor que nos puede suceder en estas circunstancias.
 Napoleon me contestaria amigablemente, hablándome indirectamente de su primo y de Carlos VII, que si no es primo, lo parece; pero acabaria sus indicaciones declarando que la Francia tiene demasiados cuidados propios para poder ocuparse ahora de los ajenos.
 El rey de Italia me diria que tenia que consultarlo con el de Francia.
 El Papa me hablaria de Dios, que no me sirve para monarca democrático.
 El emperador de Rusia no me contestaria.
 En una palabra, mi circular seria desairada, y no me quedarian más que dos reyes disponibles.
 Uno muy sério, con la gravedad del burro, y la petulancia que dan los primeros años.
 Otro muy risueño y muy servicial con todo el apetito de quien desea comer pronto.

AQUELLO Y ESTO.

I.

No es ese el camino, no señor.
 Dícese con frecuencia, que el loco por la pena es cuerdo: esto no obstante, un gran estacazo nunca será una gran razón; ni una paliza podrá considerarse como un argumento.
 Entre racionales, no tiene más razón el que tiene más fuerza, y la libertad no se impone á garrotazos, sin dejar de ser libertad.
 Digo esto porque he oído asegurar que un periódico, cuyo nombre no recuerdo ahora, ni me importa recordarlo, porque el hecho no había de alterarse en lo más mínimo cualquiera que el periódico fuese, ha dejado de publicarse á consecuencia de ciertos actos violentos cometidos por algunos voluntarios de la libertad en la persona de los redactores.

Por eso decía yo al principio: *No es ese el camino.*
 Para la injuria y la calumnia hay tribunales de justicia.

La emisión del pensamiento es esencialmente libre para todos, para todos.

Y como esto es cuestión de dogma en el partido liberal, compréndese que los que este principio desconocen no son liberales, y á sabiendas ó sin conocimiento, contribuyen al desprestigio de la libertad.

Si el sistema de argumentar á trastazos se generaliza, concluiremos por suprimir los establecimientos de enseñanza, por cerrar las universidades, y abrir escuelas de gimnasia y de esgrima, y aquel hombre será más notable que más desarrollo muscular y más hercúleas fuerzas alcance.

El procedimiento de gobernar la sociedad será sencillísimo.

El hombre de mejores puños conducirá á los otros, y él arreglará á su antojo las diferencias que ocurran entre sus súbditos, reservándose el derecho de aplastar de una puñada al que pretenda levantar el gallo.

Esto ciertamente tiene cierto sabor á tiempos primitivos que encanta; sin embargo, no parece que debe ser el ideal de un país civilizado en el último tercio del siglo XIX.

Quando la libertad se defiende, preciso es aceptarla con todas sus condiciones, sin reserva, sin excepción: disfrutando de sus ventajas y pasando por sus inconvenientes.

Ser liberales de otro modo, es ser liberales á medias.

Conceder libertad únicamente á la prensa, que escribe como nosotros, que como nosotros piensa, que sostiene nuestros principios, no es un gran sacrificio seguramente; esa libertad la conceden también los absolutistas. El liberal reconoce igual libertad á sus adversarios que á sus amigos, y nada vale que hayamos suprimido la fiscalía que mataba lo escrito, si ha de ser sustituida por otra que apalea al escritor.

Hechos de esta naturaleza, aislados y todo, desacreditan á los partidos liberales, y les enagenan el cariño de una gran parte del país, que ve con disgusto, con pena, como acaso los que más gritan ¡viva la libertad! son los primeros que la violan.

No es ese el camino, repito, no es ese el camino.
 Solo los enemigos declarados de la institución liberal, ó los amigos indiscretos, peores aun que los enemigos, pueden aconsejar ó llevar á cabo tales atropellos.

II.

Pero vamos á cuentas.
 Dicho lo dicho, pareceme que no he de ser sospechoso, ni ha de tomármeme como parcial.

Lamento el atropello.
 Censuro el abuso.

Condeno la violencia.
 Bien será, sin embargo, que, sin dejarnos cegar por la impresión primera, consideramos donde tienen su verdadero origen ese atropello, ese abuso, esa violencia.

Yo, dicho sea sin modestia, yo, por ejemplo, me tengo por hombre sensato, incapaz, por consiguiente, de ofender de palabra ú obra á quien más débil que yo me parezca; y sin embargo, tales podrían ser los insultos, tantas las injurias, tantas las provocaciones, que ese hombre, abusando de su debilidad,

me lanzase al rostro, una vez, y otra, y otra, que dando al traste con mi sensatez y mi cordura, me obligase á olvidar por un momento mi propósito firme de no dejarme arrebatar por la ira.

¡Sí: que al fin y á la postre, el hombre no es perfecto, y sandez es, y no pequeña, pretender que siempre, en todas ocasiones, todos y cada uno de los mortales, pueden encerrarse en los límites de la más estricta prudencia y del más admirable comedimiento.

El crimen, siempre es crimen: el delito, siempre es delito, concedido; pero la ley misma, severa é inflexible como es, se ve en el caso de admitir circunstancias atenuantes.

Dada la posibilidad de escribir sin agraviar á nadie, bien puede suponerse que algunos publicistas representen una parodia del famoso sainete, *Los malos deseados*.

Esto no justifica el hecho: lo explica nada más.

Y no paso porque se diga que esto es peor que aquello; no, así y todo, con estos inconvenientes, que sin duda se corregirán, todavía la situación de hoy es preferible á la de ayer, en que acontecía lo mismo y algo más.

En aquella época no eran los voluntarios los que cometían violencias, sino las autoridades.

Y maniataban á los liberales.

Y maniatados ya los abofeteaban.

Y los deportaban después.

La prensa nada podía decir de esto: los tribunales nada podían hacer porque el ofendido no tenía posibilidad de quejarse.

Ahora, hombres honrados de todos los partidos, liberales y no liberales, los que anatematizáis como yo los abusos de entonces y los de ahora, decimos con la mano puesta sobre el corazón: admitido que esto es malo; ¿qué os parece peor, *esto ó aquello?*

A. SANCHEZ PEREZ.

LOS PAPAS. (1)

(Continuacion.)

La historia refiere que el arancel de Juan XXII (que está en gloria) fué sostenido en vigor por todos sus sucesores y fué desde entonces la base mas ancha y sólida de las grandes operaciones financieras de los Pontífices: mal digo, de los reyes de Roma que desempeñaban el sagrado cargo de Pontífices.

¿Y cómo no habia de ser así? Su prevision admira, su armonia encanta, sus proporciones asombran.

Veintisiete libras un sueldo costaba la absolucion del infanticidio cometido por padre y madre puestos de común acuerdo.

Veintisiete libras un sueldo importaba el privilegio de entrar un expósito en las sagradas órdenes.

La igualdad, la identidad entre lo uno y lo otro, ¿llegaría á encontrarla nunca el filósofo racionalista mas presumido, aunque pasase la vida entera llenando de números todas las pizarras del mundo?

No y mil veces no.

Y sin embargo, antes de mediar el siglo XIV, ya habia resuelto tan árduo problema el pontificado católico.

Humillese la mundana soberbia de los que solo tienen temerarias alabanzas para la edad moderna, y deprimen é insultan lo pasado; reconozcan su pequeñez é ignorancia los que se precian de ser guías de esa locura que hoy se llama progreso; dentro del pontificado está la solución de todas las cuestiones que agitan los ánimos, perturbándolos; el pontificado, instituido por Dios mismo...

(Aquí cada cual puede añadir lo que mejor le parezca, con tal que acabe diciendo aquello de *non prevalebunt* ú otro texto de autoridad equivalente.)

La absolucion de la lujuria de un laico valia 27 libras 4 sueldo.

El permiso dado al bastardo de un cura para servir el curato de su padre valia 27 libras 4 sueldo.

¿Por qué esa igualdad de precio? pregunta el profano.

¿Por qué? ¡Ah sándiol! Porque el deseo vehementemente que podía tener en aquella época un bastardo sacerdote de elevar la hostia en el mismo altar que su padre, no era más que mera lujuria; era lujuria espiritual, lo concedo, en cuanto al objeto á que se dirigía, y si moneda espiritual hubiese en este mundo enduco y deleznable, en esa moneda habria cobrado el Pontífice; mas no existiendo sino los viles metales que el siglo califica de preciosos, ¿qué resolución cabia más equitativa que poner el mismo precio á dos manifestaciones de un solo pecado?

Yo no sé de donde habré sacado esas teologías, pero ello es que una vez metido en ellas, casi me va pareciendo á mí mismo que tengo razón.

¿Digo? Tendrá *poer* la ciencecilla?

¡Pasemos, pasemos á otra cosa.

(1) Del libro *Los cachivaches de antaño*.—Se suscribe remitiendo 10 reales al editor, Sr. Morete, Beatas, 12.—Madrid.

Uno que espera aumentar sus rentas con mi dinero.

Otro que ha dado en creer que todos los españoles le deben dinero.

Uno jovencito, feito, muy simpaticole.

Otro machucho, robusto, muy bien plantao.

Uno principiante. Otro práctico.

Uno negro. Otro blanco.

Uno...

En fin, lo diré de una vez. Me queda el niño terso; me queda el duque de Montpensier.

Pero estos dos que me quedan no habian de acudir al llamamiento, porque mi circular llevaria una nota al pié con estas palabras:

«No es casa de huéspedes.»

ROMANCE.

Desde que se ha descubierto que el clero se nos pronuncia, se van sabiendo unas cosas que atemorizan y asustan. Se descubren unos lios y unas cosas tan absurdas, que el oír las solamente poné los pelos de punta. En todas las sacristías existen manos ocultas, y hasta las monjas ¡qué escándalo! se han puesto muy delgaduchas. Púlpito y confesonario se han convertido en tribunas donde los predicadores vociferan como furias. Si hace un registro el gobierno donde algo el clero conjura, suele hallar á los presbíteros conspirando con las viudas. Al registrar un alcalde la casa de un señor cura, le ha encontrado seis trabucos y una gumiá moruna. Ya no dice misa el clero con la historiada casulla, sino en mangas de camisa y un cuchillo á la cintura. Cuarteles son los conventos que hasta ayer fueron clausuras, donde hacen el ejercicio las monjas y los carcundas. Andan ya los sacerdotes como majas andaluzas, con un puñal en la liga para casos de apretura. Bautizan á bofetadas á las pobres criaturas y dan la unción con estoque; ¡buen modo de matar pulgas! Los santos abandonados, con una cara muy mustia, no encuentran ya quien les diga siquiera:—¡Por ahí te pudras! Cubre el polvo los altares, nadie los limpia ó los muda; únicamente custodias se suelen limpiar algunas. Al campo se van los clérigos buscando las aventuras, llevando al ama por falta de mejor cabalgadura. Aceros forja la Iglesia con mano fuerte y robusta, y va á comprar un sochantre la gran fábrica de Trubia. Dos arzobispos gallegos, hace tiempo que se ocupan en sobornar aguadores para conspirar en Cuba. Llevan por escapulario pegadas dos aleluyas; por un lado el niño terso y por el otro, Carulla. Convencen á las mujeres, y esto es lo que más me ofusca, porque toda mujer mala pienso yo que tiene cura. Anoche, segun se cuenta, hubo concilio de brujas, y sacó el Cristo un canónigo en una casa de cucas. Cada paso es un tropiezo, se vive en perpétua angustia; las cañas se vuelven cruces y el demonio tiene bula. Solo el Dios de los católicos calmar puede esta amargura, aunque nunca está de sobra tener un fusil de aguja. Busquemos al mal consuelo en esta religion pura, que da la gloria al que logra vencer por la fuerza bruta.

EUSEBIO BLASCO.



Teniendo más boinas que hombres, se vale de este recurso para asustar al gobierno.

Lutero, el perverso Lutero, de quien todo católico sabe ó da por sabidas las infamias, se insubordinó contra Leon X, y los engañados pueblos á pretexto de que eran perniciosas aquellas mismas indulgencias tan útiles en esta vida como en la otra, le siguieron.

Si eran ó no de gran valía aquellas indulgencias, el mundo católico lo pregona, y en prueba de ello citaremos un postrer argumento y ejemplo, cual es el del duque de Lorena que había comprado una gran partida de ellas, para estupro, para parricidio, para mero asesinato, y otra porción de necesidades aristocráticas.

El hijo del duque al hacerse cargo de la herencia, sostuvo el derecho de que dichas indulgencias le pertenecían porque no eran al portador, sino trasmisibles, y habría sido injusto que hubiese tenido que hacer un nuevo gasto para sus criminales personales, despues de lo que había gastado su padre, sin duda con la intención de dejar aquella ventaja á su familia, pues era de todo punto inverosímil que se hubiese propuesto él solo pecar por todo el valor de las indulgencias adquiridas.

Hubo pleito sobre ello; y si bien fué largo, al fin lo ganó el hijo del duque, adquiriendo así la seguridad de ser absuelto con los papeles adquiridos por su padre.

Clemente VII, antes que humillar su autoridad pontificia á las iras del emperador Carlos V, prefirió ver saqueada á Roma, robadas las casas, violadas las mujeres, colgados por los pies, quemados y despedazados los súbditos de Roma.

¿Quemaban los protestantes? Abrasaban los católicos. ¿Asesinaban aquellos? Asesinaban estos, y todo era sangre, ruinas y estragos horribles, hasta el punto de suprimirse nada menos que la misa en Strasburgo.

Paulo III había obtenido el capelo por sus eminentes servicios.

Como Alejandro VI tenía, según hemos dicho y él demostró, vocación de padre, y aquel le había proporcionado la posesión de la bella Julia Farnesio, Alejandro agradecidísimo le nombró cardenal.

Una vez hecho Papa el diligente Paulo, heredó á su madre, que parece murió envenenada.

Amó á una de sus hermanas, que por cierto no lo merecía mucho, pues le hizo muchas infidelidades con otros (no con otros Papas, sino amantes), y amó también tan entrañablemente á su hija Constancia, que llegó á tener celos de su marido Esforcia, á quien la historia profana dice que asesinó.

Pero aun cuando fuesen ciertas las debilidades todas que se cuentan de Paulo III, al fin y al cabo no valen la pena,

si les ponemos el mas alto precio señalado en las tarifas de indulgencias anteriormente citadas, y en cambio, el celo que desplegó contra los luteranos, no hay dinero con que pagarlo.

Sus sobrinos, ejecutores de sus órdenes, se vanagloriaron justamente de haber contribuido tanto á la esteripación de la heregía, que los caballos podían nadar en los rios de sangre luterana por ellos derramada.

Conste, empero, que si bien el Papa era el empresario de esas matanzas, no manchaba en ellas sus manos: antes al contrario, durante aquella gloriosa, aunque sangrienta guerra, él vivía pacíficamente con su hija Constancia, con aquel amor que por faltarle una pequeña ceremonia no nos atrevemos á llamar conyugal.

La fundación de la Compañía de Jesús es una de las glorias de su Pontificado.

Julio III aumenta el resplandor de la Iglesia con su guerra á los luteranos, de los cuales esterminó un número considerabilísimo, y como rasgo notable de su reinado, debe señalarse el haber hecho cardenal á un adolescente muy bien formado, que además de ser un modelo en cuanto á hermosura, desempeñó con tal celo, diligencia y lealtad el empleo que tenía en palacio, que eclipsó á cuantos despues de él lo desempeñaron.

Su empleo consistía en cuidar de un mono muy estimado del Pontífice, y él es el único guarda monos de que hacen mención las historias.

Paulo IV estimuló grandemente el celo católico y formó la formidable liga que tan funesta fué á los protestantes.

El pueblo, ingrato con él, sin ver sus excelentes dotes y parándose únicamente en si había sido ó no cruel y sanguinario, se desenfrenó apenas le vió muerto, abrió los calabozos de la Inquisición, incendió aquellas sagradas cárceles, derribó la estatua del Papa, le destruyó la cabeza y la mauo derecha, y la arrastró durante tres días por las calles de Roma, despues de la cual llevó al colmo de su impiedad arrojándola al Tiber.

Al principio del Pontificado de Gregorio XIII, celebró el catolicismo las famosas fiestas de San Bartolomé, sobre lo cual se ha hecho una de las mas famosas óperas que se han oido, y que los profanos no habrían podido saborear nunca, si aquel buen Pontífice no les hubiese proporcionado el argumento.

Allí fué donde católicos tibios ó vacilantes, parecían perplejos, no sabiendo si con la oscuridad iban á dar muerte á amigos ó á enemigos, hasta que les sacó de su perplegi-

dad un santo prelado que con acento de divina inspiración les dijo:

«Matad, matad, que Dios ya escogerá los suyos!»

[Noche de gloria aquella!

Verdad es que los preparativos de la fiesta se habían hecho con la mas sesuda premeditación, y habían sido dirigidos con aquellas luces superiores que solo asisten á la Iglesia, la cual suele servirse del alumbrado mas caro, esto es, de grasa humana, gasto que no pueden hacer los colegios ni las sociedades fundadas para la mera exploración de baladies fenómenos morales, exactos ó políticos.

Sin embargo, en aquella ocasión herejes y católicos convenimos en que las hogueras, las horcas y los sáblazos no habían producido todo el resultado apetecible.

Examinándolo bien, se vió que por permission del Señor el número de herejes en vez de disminuir había aumentado.

Catalina de Médicis, señora que por los sagrados dogmas, y por nada mas, se había dejado hacer pedazos, comprendió que el exterminio de la heregía necesitaba un golpe de fuerza, si, pero combinada con el ingenio.

Su hijo Carlos IX, que en tratándose de la fé de Cristo y de dos ó tres mil cosas mas, habría degollado á medio mundo primero y al otro medio despues de veinte minutos de descanso, adoptó la idea de su madre, y unidos amdos por los lazos de su reciproca ternura, resolvieron la degollación general de los protestantes.

Era la víspera de San Bartolomé, santo glorioso y experto en materia de tolerancia religiosa; el reloj de palacio dió las doce, que era la señal acordada, y le respondió la iglesia de San German con el placentero toque de rebato.

Dispararon por todos lados las piadosas tropas, y por calles, por plazas, por caminos, se arrojaron con hierro y con fuego sobre la herética muchedumbre.

Mozos, niños, ancianos, mujeres, todo era destrozado; hasta la semilla de la heregía se logró extirpar en muchos casos; pues el divino furor de aquellos enardecidos soldados, llegó á arrancar del vientre de las preñadas á los herejitos á medio formar, para que no llegaran á su infame complemento.

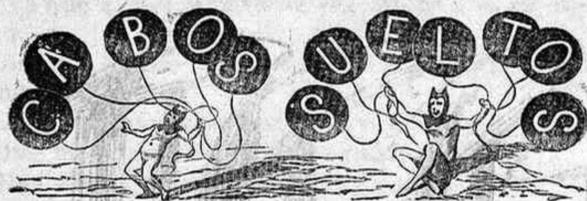
¿Se acuerda el lector de aquel duo inmortal de *Los Hugonotes*:

«Lasciami partire?»

Pues mientras se canta aquello, se mata aquello otro.

ROBERTO ROBERT.

(Se continuará.)



Dice *El Siglo* que en el lema de doña Isabel aparecen brillantes las palabras de *ley, justicia, libertad, religion.*

Tomando de cada una de estas palabras la letra conveniente, resulta el siguiente mote:

De libertad.	A D
De justicia.	U
De ley.	L
De libertad.	T E
De religion.	R I O

O lo que es lo mismo: ADULTERIO.

A varias observaciones que hace *La Epoca* sobre *La vida parisiense*, nos conviene contestar:

1.º Que Thiboust es autor de esta obra. No es cierto. Primera inexactitud de *La Epoca*.

2.º Que la señorita Velasco debió hacer el papel de la señorita Franco. Esto es lo mismo que decir que el papel de tenor debió repartirse al barítono. Segunda inexactitud de *La Epoca*.

3.º Que la artista que canta el papel de *Methella* es una corista. Aquí hay dos inexactitudes: ni *Methella* se escribe con *h*, ni la señorita Moriones es ni ha sido nunca corista. Tercera y cuarta inexactitud de *La Epoca*.

4.º Que la función termina á la una. La obra termina á las doce y cuarto, empezando á las nueve y algo más, por lo que se ve que no es larga. Quinta inexactitud de *La Epoca*.

5.º Que no ofrecía dificultad reunir en uno los actos primero y segundo. ¡Pues no ha de ofrecer, alma de Dios! Figúrese Vd. que el tenor canta el final del primer acto, y tiene que cantar el principio del segundo después de cambiar completamente de tipo, de trage, de cara y de todo.

¿Se le ocurre otra cosa á *La Epoca*?
¡Ah! Antes de dar lecciones procure aprender la suya.

¡El derecho de censura es respetable, pero no el de decir tonterías!

«Parece que la intentona carlista se ha concluido.»
«Las partidas están disueltas. El carlismo ha recibido el golpe de gracia.»

«Afortunadamente ya no hay que temer nada de los carlistas.»

Estas ó parecidas palabras me encuentro en los periódicos de estos días.

No se puede dar más inocencia, ni más candidez, ni más *bonhomie* progresista.

Pensar que un partido que no se ha cansado en treinta años se ha cansado en ocho días, lo diré con mi natural franqueza *gilblasiana*, es pensar una *sandez*.

Ya está el Gobierno tranquilo. Sus periódicos cantan el *Te-Deum*, y sus amigos celebran la derrota completa de la facción. Ya se va Prim á Vichy como si tal cosa no hubiera pasado.

¡Pues yo no me fio! Me parece una tontería supina confiarse así, y esto no es muy ocasionado á larga vida ministerial. ¿Cree el Gobierno, creen los amantes de la libertad que esto se queda así, y que ya hemos salido del paso?

¡Yo no lo creo!
¡Que no lo creo! ¡Que no!

Y si no, al tiempo.

Siempre pecaron de cándidos los liberales. Estoy seguro que los moderados conspiran ahora más que nunca.

Pero como ya se han disuelto las partidas de la Mancha... ya no hay nada que temer. ¡Jé, jé!

A todo esto, el ministro de Gracia y Justicia callado como un muerto.

En cuanto dejó de ser ministro de Fomento, se le acabó el valor revolucionario.

Pero hombre, ¿y esos presbíteros? ¿No me da usted uno siquiera?

¡Envíeme Vd. uno, que me hace mucha falta!

Dice un periódico que la otra noche en el concierto del Buen Retiro, el general Prim estuvo conferenciando con el embajador de Francia.

¿Sí, eh? Pues al mismo tiempo estaba yo viendo en el teatro de la Zarzuela á los moderados gordos que hay en Madrid, conferenciando también en las butacas.

¡Siga, siga!

La situación se aclara.
Ya no se sabe dónde está Cabrera.
Yo creo que está en Babia.

No saben nada los periódicos carlistas.
Todo su afán se concreta ahora á decir que aquí no debe de haber más que republicanos y carlistas.
Por mi parte no puedo convencerme de la necesidad de que haya carlistas.

En una catedral se ha encontrado un depósito de armas.
En otra catedral se asesinó á un gobernador.
En el Seminario de Sigüenza se ha descubierto pólvora, armas, cartuchos y otras bendiciones.
¡Y para esto nos han de exigir 200 millones de contribución!
Clero católico, ¿tu misión es de paz ó de guerra?

Parece que Cabrera ha reñido con D. Carlos, de cuyas resultas se han dividido los neos.
A buena hora.
¿Cuando ya los habian dividido en la Mancha!

El nuevo ministro de Hacienda ha abierto ya la boca.
Su primera palabra es esta:
Pagar.
—¿Pagar el ministro?
—No, los pueblos.
—Para ese viaje no necesitamos alforjas.

La circular del ministro de Hacienda no desenvuelve otro plan, ni entraña otra teoría que la de aconsejar á los pueblos que deben pagar las contribuciones.
Este ministro, siendo ingeniero, hizo un túnel y le salieron dos.
Sentiria que, como ministro, pidiese varias contribuciones y no le saliese ninguna.

A GIL BLAS le pasa lo que á *La Igualdad*, ni cambia con *La Legitimidad*, ni la lee siquiera.
Y GIL BLAS se alegra mucho de que en nada coincidan el periódico republicano con el periódico carlista.
Así lo esperábamos.

Dicen que estos días andan por ahí unas palizas de mil demonios.
Parece que ciertos redactores que esconden la cara, han estado á punto de dejarse coger el bulto.
Siempre lo he dicho.
La libertad de imprenta es como todo.
Cuando un hombre pone debajo su firma y responde en todos los terrenos, ya no hay nadie que le busque en son de tumulto, sino como se busca á los caballeros.
Pero cuando los redactores se ocultan, como hacen los asesinos, entonces se les busca como á malhechores.

Segun leemos en *La Correspondencia*, el juéves conferenció una comision de manchegos con el ministro de Ultramar para pintarle el estado de aquel país.
El ministro de Ultramar debió contestarles:
—¿A mí, qué me pintan Vds.?

Algunos gobernadores han consultado al gobierno sobre lo que deben hacer con las asociaciones, clubs y casinos republicanos.
Tiene gracia la consulta.
¿Querrian quemarlos?

Parece que el Sr. Sagasta ha contestado que se respeten los derechos individuales.
Está bien contestado.
Además debería haberlos dejado cesantes.

¿Con que ahora resulta que Napoleon proteje al niño *Urso*?
A ese francés le pasa lo que á los padres chochos, que quieren más al hijo más feo.

Andan por ahí unos caballeros particulares queriendo sobornar á la gente artesana.
Les dicen que conspiren y les ofrecen dinero.
Esta industria libre, ¿está consignada en la Constitución?

¿Con que hay municipales que quieren llevar á la cárcel al ciudadano que no se quita el sombrero cuando pasa el Viático?

Esto es *barbaro*. Figúremonos que viene un judío, ó un árabe á Madrid, y al ver el Viático por la calle, no solamente no se quita el sombrero, sino que se vuelve de espaldas.

¿Qué dirá si un municipal le reprende?
Dirá que la Constitución de este país es una mentira.

Dirá que este país no sabe lo que se pesca.
¿No está cada cual en su derecho de saludar ó no saludar á Dios en la calle?

¡Supóngase Vd. que hay quien no lo conoce! ¿Cómo ni por qué le ha de saludar?
¡Señores, señores, practiquemos la libertad de veras!

Por cierto que esto del Viático va picando en historia.
En ningún país del mundo se permite que vaya Dios metiendo ruido por la calle.

Es una imprudencia, lo diré siempre, es una imprudencia, pura molestia para el vecindario.

Sigue la *Vida parisiense* haciendo las delicias del público.
Cada noche, un lleno. Y el *can-can*, admirable.

Lo siento por los literatos conservadores, pero me alegro por el público que se divierte mucho.

Nota. Advertio á Vds. que este suelto no es del autor del arreglo la *Vida parisiense*. Es de un amigo suyo.

¿Es cierto ó no es cierto que se ha descubierto otra mina en el convento de Jesús?

Se dijo esto hace dos ó tres días.
Se dijo más; que comunicaba la tal mina con dos conventos de frailes.

Después nada hemos oido.
Con que, ¿en qué quedamos, hay mina ó no hay mina?

¿Tan acostumbrados estamos ya á esto de minas *conventuales*, que una más no da materia para hablar dos días?

Esto de la mina se relaciona con cierto proceso célebre sobreseido hace algunos años.

Y cuenta que el asunto era gordo.
Como que se trataba de algo más que de un *chico*... deslíz de cierta sierva del Señor.

Y el asunto se hizo noche.
Y... ¡todavía se dan órdenes para pagar el clero!
¡Oh, qué clero!

De resultas de los sustos que han dado al Dios de paz los ministros de la Iglesia católica, se alborotó ayer el cielo, y hubo pronunciamiento de nubes y centellas.

Verdaderamente ha llegado el tiempo de decir: oh
—¡Para *ahora* son los rayos!

Dice un diario neo que á Cabrera no se le puede mirar de frente sin cegar.

Algo hay de verdad en esto.
Los únicos que miran de frente á Cabrera son los carlistas.

Por eso están ciegos.

Hasta Aparici y Guijarro nos confiesa que conspira.
Esto ya no es *guerra*, sino un *can-can civil*.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Casaba*.

CHARADA.

Se pirra todo holandés
por *primera* con *segunda*,
y el catalán la contempla
con muchísima ternura.
Un busto ponle á mi *todo*
con largas greñas si gustas,
y unas piernas muy cortitas,
y te darán la figura
colosal... de esta charada,
que es don Salustio sin duda.

(La solución en el próximo número).